

Atila; aun la salvó de la ferocidad de Genserico. El Pontífice salió al encuentro del rey vándalo, fuera de los muros de la capital, y le hizo prometer respetar la vida y honor de los desventurados Romanos, y de no tocar á los monumentos públicos. Era todo lo que se podía esperar razonablemente de un príncipe bárbaro que traía consigo hordas salvajes, á quienes se había prometido en recompensa de sus servicios el saqueo de Roma. Durante catorce días la ciudad eterna fué presa de los soldados de Genserico. Entre las inmensas riquezas que se robaron entonces, las mas sensibles fueron los vasos sagrados traídos en otro tiempo de Jerusalem por Tito. Los Vándalos se llevaron muchos miles de cautivos: fué de este número Eudoxia, que los había llamado, y sus dos hijas: burla amarga de un Bárbaro desapiadado! En las playas lejanas, estas bandas de desgraciados cautivos hallaron un consolador y un padre en el santo obispo de Cartago, llamado *Deogracias*. Vendió por el rescate de los cautivos todos los vasos de oro y planta empleados en el sagrado servicio: y para darles abrigo convirtió en hospitales dos grandes iglesias de Cartago, que hizo guarnecer de lechos y de paja, pasando las noches en cuidar con sus propias manos á los que habían enfermado el cansancio y las penas. Cuando vino á sorprender la muerte á este piadoso obispo en medio de sus caritativas tareas, los cautivos romanos se creyeron de nuevo en la esclavitud. Las crueldades de Genserico contra los católicos agravaron aun mas su triste situación. Este príncipe hizo cerrar la iglesia de Cartago, y desterró á varios puntos á los sacerdotes y clérigos. Desde la costa de África extendía sus rapiñas hasta las costas de España é Italia, en la Sicilia, Cerdeña, Grecia, Epiro, Dalmacia y aun en la Venecia. En cierta ocasión saliendo del puerto de Cartago, habiéndole preguntado su piloto hácia qué nación debía dirigir la armada: «Hácia aquellos contra quienes esté Dios mas » irritado, » respondió Genserico. De este modo el imperio romano venia á ser un dominio de los Bárbaros. Los emperadores se sucedían, como reyes de un día, al capricho del conde Ricimero, que ejercía realmente el poder soberano con el título

de general del imperio. Desde el 456 al 461 pasaron por el trono alternativamente Avito, Majoriano y Severo, con diversas cualidades y méritos, pero todos con la impotencia de sacudir el yugo de Ricimero. Mientras que el Occidente entraba ya en las convulsiones de la agonía, el imperio de Oriente perdía un perfecto príncipe en la persona de Marciano (457). Con el celo de Constantino por la religion, no tuvo las deplorables inconsecuencias que, despues de abatida ya la herejía, la reanimaron por siglos. Bueno y generoso como Teodosio el Grande, no tenia sus funestos accesos de cólera. Salido de la oscuridad, ensalzó empero la majestad del imperio. En ocasión en que Atila le reclamaba imperiosamente el tributo anual [estipulado con Teodosio II], le respondió con nobleza y valor romano: «Tengo oro para mis amigos, y hierro para mis enemigos.» El papa san Leon, su amigo y admirador, declaró *santa y venerable* su memoria; la Iglesia griega lo celebra, así que á la emperatriz santa Pulqueria, el 17 de febrero. La corona de Oriente pasó á las sienes de Leon el Tracio, gobernador de Selembria, á quien hizo elevar al supremo rango el favor de un bárbaro, el patricio Aspar. Este había creído hacérselo un instrumento dócil á sus voluntades; el nuevo emperador le probó muy pronto que se había engañado. Como el patricio le intimase nombrar César á uno de sus hijos, segun convenio anterior, le decia: «No conviene que el que lleva la púrpura » falte á su palabra. — ¿Es que conviene mas el que se le trate » como á esclavo?» repuso Leon.

8. Leon Tracio estuvo muy lejos de ser un gran príncipe á pesar de su tono imperial, ni con mucho igual á Marciano á pesar de su afectada demostración de catolicismo. Desde el principio mismo de su reinado, volvió á levantar cabezá en Egipto el partido de Eutiques. Un monje, llamado Timoteo *Eluro* (1), en entredicho por causa de su apego á la herejía,

(1) *Eluro* quiere decir *gatuno* (del griego *αἰούρος*, gato), porque este impostor recorría de noche las celdas de los monjes, á quienes, fingiendo la voz y llamándolos por su nombre, les intimaba de parte del cielo que desobedeciesen á Proterio, y eligiesen patriarca de Alejandria á Timoteo (que era él mismo).

juntó en las cercanías de Alejandría una turba de sediciosos ganados por el oro; entró en la ciudad á su cabeza, é hizo matar en la iglesia misma al santo patriarca Proterio, cuyo cuerpo fué arrastrado por las calles, entre gritos del populacho. Timoteo ejerció entonces públicamente las funciones del episcopado en Alejandría. Anatematizó al concilio de Calcedonia y á todos los que le recibían, esto es, al papa san Leon, á Anatolio de Constantinopla y á Basilio de Antioquía. Todos los obispos católicos de la provincia fueron arrojados de sus sillas, y reemplazados por hechuras del intruso. Julian de Cos, legado del papa en Constantinopla, participó tan horrendas noticias á san Leon. Timoteo *Eluro* y sus partidarios se habían dirigido al emperador Leon Tracio para lograr la convocacion de un concilio, destinado á revisar el Calcedonense. El papa se opuso vivamente á esta fechoría de los herejes, y todos los metropolitanos de Oriente la reprobaban igualmente. « Nunca acabarían los desórdenes si se renovasen las discusiones al capricho de los herejes, » escribia al emperador el papa (457). Para apoyar mas sus diligencias en la corte de Constantinopla san Leon envió otros dos legados, encargados de amplias instrucciones para con el emperador. A su peticion, Leon Tracio se decidió á dar órdenes formales á Stila, gobernador imperial de Alejandría, para expulsar á Timoteo *Eluro*. El intruso fué relegado al Quersoneso con buena escolta, y reemplazado en Alejandría por un patriarca legítimo, Timoteo *Solofaciola*, quien se apresuró á hacer confirmar su eleccion por el soberano Pontífice. Recurrían á la decision de este gran papa todos los obispos del universo, en un tiempo en que la invasion de los Bárbaros por todas las fronteras del imperio romano multiplicaba las dificultades de la administracion disciplinal. La correspondencia de san Leon es un inmenso repertorio de soluciones de toda especie, de discusiones teológicas, de casos de conciencia aclarados por las reglas canónicas. Ciento setenta y tres cartas que conservamos de él, serán para siempre jamás un modelo perfecto para el gobierno espiritual. La muerte le arrebató el 11 de abril de 461, en medio de su mayor solicitud y

trabajos. Dejó como monumentos de elocuencia apostólica sesenta y nueve sermones, en que expone con admirable claridad los mas elevados misterios de la filosofía cristiana. « Aun- » que los escritos de san Leon Magno, dice un sabio crítico, no » estén exentos de algunos defectos propios del mal gusto de » su siglo, no dejan de ser notabilísimos por la nobleza y elegancia de estilo, por la precision y claridad de las ideas, por » la fuerza de raciocinio y por los movimientos patéticos de » una elocuencia brillante que encanta al espíritu y se lleva el » corazon. » Júntense á estos grandes trabajos literarios los actos inmortales que señalaron su glorioso pontificado: la fe católica vindicada de la ignominia del *latrocinio de Éfeso*, por el cuarto concilio general Calcedonense; Roma salvada de la invasion de Atila, de la carnicería é incendio de Genserico; el Oriente librado de los furores del eutiquianismo, y uniéndose mas y mas á la cátedra de san Pedro, para marchar con el Occidente bajo la influencia de la grande unidad romana: y se concebirá porqué la posteridad ha consagrado el dictado de Magno, que en un momento de entusiasmo le dió el reconocimiento público al Pontífice que obraba tantas maravillas en medio de incesantes revoluciones, de tronos derrocados, de emperadores asesinados y de un mundo á su ruina. — Se cree que san Leon ha sido el primer papa que haya autorizado nuncios apostólicos cerca de los príncipes. Hemos visto á Julian de Cos residir oficialmente con este título en la corte de Constantinopla. Las cartas credenciales son muy dignas de notar. « Os ruego, dice » san Leon al emperador Marciano, acojais con amor y benevolencia á nuestro venerable hermano el obispo Julian; hallaréis en su deferencia y solicitud una imágen de mi presencia. Yo me confío á la sinceridad de su fe; le he delegado » todos mis poderes contra los herejes de nuestros tiempos; y » he exigido que para vigilar mejor al mantenimiento de la » paz en las iglesias, no se aleje de vuestra augusta persona. » Tal es el primer vestigio que nos ofrece la historia eclesiástica de las nunciaturas apostólicas, establecidas en el transcurso del tiempo por todos los reinos cristianos, para representar la

autoridad de la Santa Sede y vigilar, cerca de los soberanos y de las nacionalidades, por la integridad de los intereses de la religion. Poco antes de su muerte, san Leon Magno habia hecho abolir la costumbre que se iba introduciendo en las iglesias de leer públicamente los pecados de los que estaban sometidos á la penitencia canónica. El papa declaró que habia que limitarse á la confesion secreta, hecha á un sacerdote aprobado, la sola necesaria.

§ II. PONTIFICADO DE SAN HILARIO (10 de setiembre de 461-17 de noviembre de 467).

9. Se eligió por sucesor de san Leon al arcediano Hilario, que habia sido uno de los legados de la Santa Sede en el famoso *latrocinio de Éfeso*, y cuya conducta en aquella circunstancia habia sido tan noble como valerosa (10 de setiembre de 461). Apenas en el trono pontifical, Hilario escribió á todas las iglesias de Oriente una epístola decretal donde confirmaba los concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia; condenaba á Nestorio, á Eutiques con sus adherentes, y recordaba el gran principio de la autoridad y principado de la silla apostólica, como base y centro del gobierno de la Iglesia. Dirigia al mismo tiempo á los obispos de Occidente una circular para informarles su promocion al pontificado. « Como la Iglesia romana es » madre de todas las demás, le respondia Leoncio de Arles, » nos vemos colmados de júbilo al saber que en medio de esta » gran consternacion del mundo, en esta intensa enfermedad » del siglo, hayais sido promovido para juzgar los pueblos y » dirigir las naciones en sus caminos de la tierra. »

10. La dificultad de los tiempos, de que habla Leoncio de Arles, estaba complicada por los acontecimientos políticos y por la invasion mas y mas amenazante de los Bárbaros. Resonaba por todo el imperio el ruido de las armas, y ya no se mandaba por los emperadores mismos, que en el Occidente se sucedian al capricho de las intrigas del ministro godo Ricimero. En medio de esta decadencia general, san Hilario llevó con mano firme las riendas del gobierno eclesiástico. Los actos de su

corto pontificado tienen todos por blanco estrechar mas y mas los lazos de la jerarquía, mantener al frente de las diócesis preladados capaces y celosos, impedir los estragos de la herejía. En 460, Rústico, obispo de Narbona, habia solicitado del papa san Leon autorizacion para dejar su obispado y retirarse del mundo. El santo Padre se lo negó, instándole á que pospusiese su interés personal al bien general de la Iglesia. Rústico se resignó. En 461 consagró á su arcediano Hermes, obispo de Beziers; mas los habitantes de esta ciudad rehusaron recibirle. Entretanto llegó á morir Rústico, y Hermes se hizo elegir para sucederle en Narbona. Esta traslacion fué delatada al papa san Hilario como contraria á las reglas canónicas. Partieron para Roma dos obispos, Fausto de Riez y Auxiano de Aix, para dar curso á estas diligencias. Asistieron á un concilio que el papa celebraba á la sazón (19 de noviembre de 462). La causa de Hermes fué examinada, y el papa hizo saber á los obispos de las provincias de Viena, Leon, Narbona y de los Alpes el resultado del concilio. Se convino en que quedaria Hermes en la silla de Narbona para bien de la paz y por indulgencia con el nuevo obispo. Mas temiendo que este ejemplo no tuviese consecuencia en imitarse, se resolvió que Hermes, mientras viviese, no tendria poder de ordenar los obispos de su provincia; y que este poder se transfiriera al obispo de Uzés, como al mas anciano de la provincia. Despues de la muerte de Hermes, el derecho de ordenar debia volver al obispo de Narbona, como metropolitano. Era en esta época tanto mas importante mantener la subordinacion jerárquica, cuanto que cambiaban con las frecuentes revoluciones las provincias de los soberanos temporales. Así es que los papas vigilaban mucho sobre este punto: san Hilario lo probó contra Mamerto, obispo de Viena, cuyo nombre fué insertado despues en el catálogo de los Santos, y que acababa de instituir la fiesta de las *Rogativas*, procesiones anuales para atraer la bendicion de Dios sobre los frutos de la tierra. En su calidad de metropolitano de Viena, san Mamerto queria extender su jurisdiccion á la iglesia de Die (*Dea Vocontiorum*); y ordenó un